

Romance de adioses

Soñaba que podía
llegar hasta tu huerto,
salvando los caminos
del último recuerdo...
Bordear los muros altos
que cercan tu vivienda,
burlar a tus lacayos,
llegar a tu opulencia,
sentimental y pobre
como cualquier trovero...
Y abriendo la mohosa
puerta de tu aposento
pagar con una rosa
al viejo jardinero
que quiso que en las sendas
del claustro de tu encierro
se posen las pisadas
del último trovero...

Sabía el jardinero
los sueños que alentabas...
Tu señorial encierro
soñaba noches claras...
Y cuando en la lontana
tristeza del sendero
perdíanse tus ojos
tras la luna de Enero,
no era al galán extraño
dueño de los bohíos
al que esperó tu anhelo
dorando los Estíos...

El vió como una tarde
tus manos de plegaria
buscaban en el Kempis
la queja solitaria
y luego, conmovida,
dejando los rituales,
triunfaba en ti mi vida:
mis viejos madrigales
entre las amarillas
hojas del libro de horas
se abrían a tus dulces
pupilas soñadoras...
Busqué complicidades:
surgió tu jardinero...
Soñé que aquel abría
las puertas de tu encierro...
y es que sus ojos claros
colmados del cansancio
de tantos derroteros,
sabían como amaban
las dulces niñas pálidas
al sol de los troveros...

Pero al dejar la casa
triste del Exilado
y al emprender la marcha
con rumbo al Eldorado
oí las argentinas
voces de alguna Feria:
burbujas cristalinas
que doran la miseria...
Y al fondo de un palacio
que engaña los hastíos
ví con locura extraña
fugando los estíos
en saltos de champaña.

Los pámpanos del bosque,
los lauros de la umbría,
estaban desde hace años
para la frente pálida
de mi melancolía,
y cuando en la locura
de esos viejos saraos
quise hallar la dulzura
de los ponientes claros,
llegar hasta tu encierro
burlando a tus lacayos
y luego, irnos al campo
para tejer idilios
hollando en las praderas
las flores de los tilos,
haciendo primaveras
las sombras del retiro...
de tu jardín de antaño
fugaron las alondras...
dejé mis juventudes
en devanar las horas
y me engañó en un claro
del bosque de las hadas
la espuma que deshace
el alma de las aguas.

El viejo jardinero
que hizo crecer las rosas
y de cortar los lirios
y acariciar las malvas
tenía el pobrecillo
las manos olorosas,
al desherbar los prados
se trajo los otoños
y fueron marchitándose
caducas, sus raíces,
de tanto ver retoños...

Quedaron tus lacayos
por custodiar los muros
de tu jardín de encanto...
De aquel lejano estío
ya no restó ni un canto.
Los canes del hastío
mordieron mi quebranto...
La anciana leñadora
que con ramas de acanto
vá quemando la hora
de tu final romántico
me dijo tristemente
con su voz de dolora:

Era la Primavera
que trae golondrinas
y dá su abrazo ardiente:
brazos de enredaderas
con que une a las encinas;
mirabas aquella hora
mis pérdidas erranzas
y con hilos de aurora
hilabas, aguardándome
en rueca de esperanzas...
Pero el invierno vino
matando a los Estíos
y un día, a tu camino
llegó el galán de antaño
dueño de los bohíos
y con piadoso engaño
borró en tus ojos tristes
el sueño de los míos...
Y tu rueca: Tesoro